



Domingo XXX del Tiempo Ordinario -Ciclo B

24 de octubre de 2021



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Jeremías 31,7-9

El capítulo 31 del texto del profeta Jeremías hace parte de lo que se conoce como el libro de la consolación, que se abre en el capítulo 30. Este libro está compuesto por una serie de oráculos o aclamaciones solemnes, expresadas por el profeta en la experiencia difícil del exilio, en el sueño del retorno de Israel a los territorios del Norte. Allí se aprecia un pueblo lleno de anhelos y desesperanzas, de sueños y de melancolías; el retorno a su tierra es la gran consolación que, a su vez, da ánimo para seguir confiando y seguir esperando. Este pasaje hace parte del primer oráculo del capítulo 31, en él aparece la multitud que vuelve, el Resto que queda del pueblo de Israel. Se espera el retorno de una gran porción del Pueblo, pero sobre todo de aquellos que no han dejado de esperar, aunque hayan vivido la fragilidad, aquellos que quizá se sienten olvidados por Dios en quién han puesto su confianza y cuyo rostro deja ver una y otra vez Jeremías a través de su predicación.

La gran asamblea que retorna, se caracteriza por incluir a los menos favorecidos: ciegos, cojos, embarazadas, madres gestantes, los que lloran, los que sufren. Ellos, y muchos otros, recibirán el favor del Señor, retornarán a su patria. Es claro que en el camino que los llevará de retorno no estarán solos, contarán con la constante presencia y la cercanía de Dios, quién los irá conduciendo por terreno llano, sin tropiezo alguno. Este es un pasaje que llama a la esperanza, que se hace camino, y al camino, que se muestra como esperanza, y en el cual se precisa de una profunda experiencia de encuentro con Dios, quien se hace transeúnte y se le debe descubrir como caminante.

Salmo 126. "El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres".

Más que contemplar los párrafos de un salmo, este texto muestra una profunda experiencia de fe a través de un himno que se hace poema y en el que se deja ver el gozo y la esperanza vivida por quienes retornan del exilio, en el cual vivieron sometidos en Babilonia. El anhelo del retorno parece un sueño de no creer, una experiencia que no se esperaba pero que ahora se hace realidad, porque es el mismo Señor quién ha cambiado la suerte de Sión; ante el llanto y la tragedia ahora la boca se llena de risas y la lengua de cantares.

Estas expresiones son las que contagian a quienes ven el paso presuroso de los que vuelven a su tierra y a quienes no han olvidado al Señor. Hasta los que no son judíos aquí, los llamados gentiles, reconocen esta magna alegría, pues quienes sembraban con lágrimas ahora cosechan entre cánticos, los que llegaron a Babilonia con lágrimas, ahora retornan con alegría, porque el Señor ha estado grande con ellos.



Hebreos 5,1-6

La llamada Carta a los Hebreos se presenta como un texto de carácter dogmático, doctrinal y ritual. El autor, partiendo de las experiencias narradas y contenidas en la ley, recoge las experiencias vividas por el pueblo hebreo en su caminar por el desierto y en su encuentro con Dios. El escritor busca que quienes se acercan al texto, judíos convertidos al cristianismo, no olviden ese camino recorrido por quienes se hicieron transeúntes por el desierto y partícipes de la alianza que Dios estableció con ellos; además, insta a no olvidar la centralidad de la experiencia de la fe, anhelando tiempos de esperanza. El pasaje citado en este capítulo 5 centra la mirada en el sumo sacerdocio, cuyo rol era establecido por un sinnúmero de acciones, las cuales daban preponderancia a su papel dentro de la vida de la comunidad y del culto.

El sacerdote de la antigua alianza era escogido y estaba puesto para representar a los hombres, estaba allí para ofrecer dones y sacrificios, para orar por el perdón de los pecados, propios y los del pueblo confiado a él, cuya tarea consistía en conducir a todos al encuentro con Dios, especialmente a aquellos extraviados y débiles. Este honor no es heredado, es concedido por Dios quién llama.

El autor, en este capítulo 5, contrapone el servicio del sumo sacerdote de corte levita, con el sacerdocio de Cristo, quien viene del linaje de Melquisedec, sacerdocio único, como se deja entrever en el capítulo 14, versículo 17 del texto del Génesis. Es claro que el papel de Cristo como Sumo sacerdote, está en el servir, de manera especial a aquellos que necesitan de alguien que interceda, que abrogue y que realice sacrificios por ellos. En este pasaje, la imagen que se debe contemplar de Jesús, va más allá de su función y se centra en su donación, puesto que Él es quien se hace altar, sacrificio, víctima en sí mismo, para llevar a todos a la salvación a través de la liturgia eterna en la que se contempla su propia donación y su desinteresada entrega. En el altar se muestra y se dona a través de una entrega en todos y para todos, especialmente aquellos que necesitan de la cercanía de Dios en su vida.

Marcos 10, 46-52

El evangelio de San Marcos muestra a Jesús en un continuo desplazamiento, siempre está recorriendo aldeas, entrando en los pueblos. Este pasaje recuerda el viaje de Jesús fuera de Galilea. Él ha anunciado por tercera vez su pasión y ha escuchado la petición de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo: *"queremos sentarnos uno a la derecha y otro a la izquierda"*, solicitud que terminará en la enseñanza entorno al servicio como propuesta de gastar la vida por los demás.

Ahora, por el camino del desierto se dirige a Jerusalén; un paso obligado es el oasis de Jericó, ciudad representativa en la cual vivían muchos sacerdotes y levitas. Era normal que, al ser un oasis en el desierto, se viera una gran multitud de personas que acudían allí o que transitaban por aquel lugar. Al salir de allí se suscita la escena que se ha descrito en el camino que sirve de ruta de Jericó a Jerusalén. Ese camino es el espacio donde se produce el encuentro entre Jesús y un hombre que no posee identidad, solo se reconoce como Bartimeo, palabra que representa más que un nombre un calificativo (Bar en arameo significa hijo, *Timao* en griego, significa honor, honra). Es así como el nombre Bartimeo significa más que hijo de Timeo, *hijo del honor*, por lo que el evangelista San Marcos contrapone el significado del nombre hijo del honor con la actividad que realiza mendigar. Junto a Bartimeo surge otra imagen el camino, que no solo se ve como una ruta, sino como el lugar de la experiencia y del encuentro de los excluidos y de tantos transeúntes sin rostro ni identidad. Cuando se carece de una facultad, se desarrolla un sentido. Es lo que Bartimeo muestra, él habla, escucha, y, aunque no ve, sabe quién pasa. Es el hijo de David, aquel a quien se puede clamar pidiendo compasión y es el clamor de aquel que no pierde nada en pedir, pero que espera recibir lo que desea.



El camino es testigo de la experiencia de Bartimeo, pero también de la multitud, quien se muestra ciega y sorda ante la realidad y el dolor, el quejido y la súplica de aquel que hasta ahora ha sido invisible a sus ojos. “¿Qué quieres que haga por ti? Señor, que vea”. Ver implica desprenderse, por lo que, dejando el manto, se levanta y se acerca. Él desea recobrar la vista y así sucede: “vete, tú fe te ha dado la salud”. Para poder ver el camino y seguir a Jesús se necesita abrir los ojos y estar atentos, abrir el oído, pues solo así, desde esta experiencia, se empieza a ser un verdadero discípulo, haciéndose caminante con aquel que cura, que ama, que sana y que invita abrir los ojos para descubrir el reino.



II. PISTAS HOMILÉTICAS

- En el camino de la desesperanza, Dios siempre escucha el clamor de aquellos que nunca pierden la fe. Esta es la experiencia que se plasma en la primera lectura y en el salmo y que sirve ahora en este tiempo sinodal para recalcar la necesidad de hacer un verdadero ejercicio de retorno al Dios de la misericordia, que nunca olvida a su pueblo, el primero que escucha el clamor de los suplicantes.
- Un verdadero ejercicio de memoria, “memorial”, ayuda a que nunca se deje de lado la experiencia de Dios, que se ha hecho transeúnte, caminante, y quien ha acompañado en toda circunstancia la vida de su pueblo y que ha suscitado hombres capaces de ser puentes, como lo deja ver la carta a los Hebreos, cuando recuerda el papel del Sumo sacerdote, Cristo como mediador.
- Resaltar del evangelio elementos importantes: la experiencia del camino como lugar de fe y de encuentro, donde se deben abrir los ojos y los oídos para reconocer a aquellos que son anónimos, sin rostro, en medio de una multitud que ha dejado de contemplar y escuchar.
- El ver también implica reconocer y escuchar, expresiones importantes en el camino sinodal.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN INICIAL

Es el Señor quien nos ha elegido y nos llama vivir comunitariamente la fe en la Iglesia y, como todos los domingos, celebramos esta fe en la Santa Misa, alimentándonos en la doble mesa de la Palabra y de la Eucaristía.

Iniciemos nuestra celebración agradecidos porque, en nuestras tribulaciones, Dios nos consuela y nos fortalece. Iniciemos el banquete de la Salvación.

MONICIÓN DE LA PALABRA

La consolación es una de tantas motivaciones para alzar nuestra mirada al cielo e invocar al Señor. Hoy las lecturas nos recuerdan cómo Dios siempre escucha el clamor de su pueblo y es misericordioso con quien le suplica. Dispongámonos para acoger la acción del Espíritu Santo que se da a quienes escuchan con docilidad la Palabra.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Presidente Elevemos al Padre eterno nuestra súplica confiada ya que deseamos vivir en su santa voluntad.

R. Fortalece a tu pueblo, Señor.

1. Como pueblo de Dios elevamos nuestra súplica por el papa Francisco; que podamos unirnos a él en un mismo caminar siguiendo dócilmente su guía y enseñanza y así alcanzar concordia, justicia y paz en la Iglesia universal.
2. Clamamos del Señor su sabiduría para nuestros gobernantes; que podamos junto a ellos comprometernos en conciencia con todos nuestros deberes sociales y construyamos una ciudad según la voluntad de Dios.
3. Pidamos al Señor los dones de la comunión, la participación y la misión para nuestra Iglesia particular de Bogotá; que podamos, con verdadera actitud sinodal, llegar a ser la Iglesia que Dios quiere y nuestra ciudad-región necesita.
4. Supliquemos al Señor, que disponga nuestra comunidad (parroquial) a la escucha atenta de los signos de los tiempos y que cada vez más podamos responder con obras concretas de caridad, sobre todo a los más desfavorecidos.
5. Sigamos pidiendo al Señor la fuerza que levanta a los caídos y robustece a los que flaquean, que podamos en consecuencia, como Iglesia, responder a las necesidades de nuestros hermanos enfermos, encarcelados y en general de todos los que se encuentren abatidos.

Presidente Acoge, Padre, con piedad esta oración que tu pueblo eleva a tu misericordia; consuélalo en la adversidad y dale sabiduría en la prosperidad. Te lo pedimos confiadamente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor.